

Hacer una reflexión sobre los paradigmas historiográficos en los años 60 y 70 es, en mi caso al menos, rememorar los años de mi propia formación profesional en este oficio. En un contexto extremadamente dinámico, si hay una década formidable en el siglo XX es sin lugar a dudas la década de los 60, con un conjunto de transformaciones que recorrían el mundo entero y que abarcaban la totalidad de las esferas de la acción humana. Son los años de los Beatles, de la píldora anticonceptiva, de la minifalda, de la revolución y la liberación sexual, empiezo por lo más entretenido por cierto, pero eran también los años de la independencia de Argelia, del proceso de descolonización africano, de la guerra de Vietnam y la derrota del colonialismo francés, en la década anterior, prolongada luego en la guerra con los EE.UU. Era también la década de la primavera de Praga y del intento del socialismo con rostro humano, de la revolución cultural china, del mayo francés, de Tlatelolco en México, del cordobazo en Argentina.

El mundo atravesaba una fase de convulsión social como pocas veces se había visto, y esto en el contexto del enfrentamiento de las dos grandes super potencias, en el marco de lo que se solía denominar y se llama aún hoy, la guerra fría. En ese contexto, América Latina iba a ofrecer además un momento de ruptura radical con el carácter socialista que adquirió la revolución cubana, después de esos dos primeros años en el cual la dialéctica interna y la dialéctica externa inaugurada por el triunfo del movimiento 26 de Julio, abrían un camino inesperado no sólo para Cuba sino para toda América Latina, para toda América, generando además por parte de los EE.UU dos grandes respuestas, una de las cuales iba a estar destinada a tener un fuerte impacto en nuestras sociedades en la misma década de 1960, pero sobre todo en la de 1970. Esas dos respuestas fueron respuestas a la revolución cubana y una seguía una vía pacífica, si se quiere denominarla de alguna manera la "Alianza para el Progreso", y la otra apelaba directamente al ejercicio de la violencia en sus manifestaciones crecientemente más terribles, inspiradas en la "Doctrina de la Seguridad Nacional", esto es, la instauración de dictaduras institucionales de las FF.AA, la primera de las cuales, no por casualidad, se produjo en Brasil en 1964 y la segunda en Argentina en 1966. Y para Argentina, la imposición de esta dictadura militar estuvo destinada a generar un impacto muy fuerte en el ámbito de desarrollo de las Ciencias Sociales, especialmente en aquellos tres centros donde más había comenzado a desarrollarse una formidable innovación en el campo de las distintas disciplinas de las Ciencias Sociales, incluyendo en ellas a la historiografía, esto es, las universidades de Buenos Aires, de Rosario, y de Córdoba. Esos tres procesos interrumpidos estaban destinados a tener un impacto en los años precedentes.

Pero para quienes nos formábamos en esos años, en el campo de la historiografía, había dos o tres líneas fundamentales que apelaban, no sólo a un proceso de transformación en el campo de la disciplina, sino que eran también - para decirlo en los términos de Lucien Febvre, un libro bien interesante como el de "Combates por la Historia"- una manera de enfrentar una historiografía tradicional que en nuestra universidad tenía un enquistamiento bien considerable.

Coexistiendo con alguna de estas líneas de ruptura que tenían dos grandes vertientes fundadoras, si se puede denominar así, lo que se dio en llamar la escuela francesa de los Annales y la escuela o la historiografía marxista británica, a la cual Tulio hacía referencia hace algún momento, personificada en Edward P. Thompson. Esta interacción entre estas dos vertientes que de algún modo venía alentada, sobre todo por algunas expresiones de uno de los hombres más importantes de esa renovación historiográfica francesa, Fernand Braudel que bregaba básicamente por varias cuestiones, una de las cuales estaba destinada a hacerlo célebre en cuanto a invocaciones y, poco practicada, su apelación a las tres dimensiones de la temporalidad histórica: la corta, la media y la larga duración. La larga duración es una expresión que se hizo célebre prácticamente a nivel mundial, por lo general para hacer referencia a algo a lo cual Fernand Braudel no quería hacer referencia, porque para muchos, la larga duración se convirtió en sinónimo de procesos que duraban siglos o de períodos cronológicos medidos en un siglo o más; mientras que para Braudel la larga duración apuntaba sobre todo a la tarea de encontrar las permanencias, las continuidades, esos lentos movimientos de las estructuras que podían ser tanto las estructuras económicas, las más dinámicas a su juicio, las sociales que lo eran menos y, sobre todo, las de las mentalidades que a su juicio constituían verdaderas cárceles de larga duración. Pero Braudel tenía también una especial preocupación por articular la disciplina

historiográfica con la sociología, no casualmente su primera reflexión sobre esta relación historia y sociología se publicó en el tratado de sociología dirigido por George Burlich con el cual él, por otro lado, tenía fuertes diferencias. Proposición que avanzó poco tiempo después, en un texto destinado a tener más incidencia que ese inicial, “Historia y Ciencias Sociales”, y dentro de esta articulación que Braudel proponía entre ambas disciplinas había algo que le llamaba poderosamente la atención o que servía de base a su argumentación en pro de la coincidencia de ambas disciplinas, ambas tenían pretensiones imperialistas y con esta expresión lo que él quería significar es que tanto la historiografía como la sociología pretendían explicar la totalidad de los procesos sociales y, en ese sentido, no dejaba de ser tributario o continuador de algo que ya había anunciado categóricamente Lucien Goldman en 1952: “todo hecho social es un hecho histórico y viceversa, todo hecho histórico es un hecho social”.

En consecuencia, ambos pueden ser estudiados tanto por la historiografía como por la sociología, pero no de una manera abstracta, sino de una manera convergente de modo tal que toda historia es historia sociológica y toda sociología es sociología histórica, cuando todavía esta expresión “sociología histórica”, que se acuñó allá por los años 1930, no tenía el grado de generalización que alcanzaría en la década de 1960 y 1970, sobre todo a partir de esa obra de ruptura que fue “Condiciones sociales de la democracia y la dictadura” de Barrington Moore.

Braudel proponía, además, un diálogo interactivo con el marxismo, al cual él consideraba un pueblo de modelos, para usar su expresión textual, y esto daba cuenta de las posibilidades de encontrar entre las diferentes perspectivas teóricas para analizar los procesos históricos claves que provenían de diferentes vertientes. Señalo esto porque es importante para entender un proceso que se desarrollaba de un modo sincrónico y no necesariamente con conexiones orgánicas, más allá de que muchos científicos sociales latinoamericanos se formaron en esos años en Francia, particularmente en París, y en el campo de la historiografía con los grandes nombres de la llamada escuela de los Annales, que es el proceso que en nuestra región se inició de un modo realmente notable, cuyas características y aportes centrales aprenderíamos a valorar muchísimos años después cuando advertimos cuales eran las características de ese proceso de ruptura y de innovación en la formación y en los procesos de conocimiento de las realidades sociales históricas del pasado y del presente y me refiero a la reflexión que de algún modo comenzó en el seno de la Comisión Económica para América Latina, en la CEPAL, sobre todo, cuando asumió la secretaría ejecutiva de la misma Raúl Prebisch, que convocó a un núcleo de científicos sociales latinoamericanos provenientes de diferentes disciplinas y de diferentes perspectivas teórico metodológicas para reflexionar sobre las sociedades latinoamericanas y ofrecer propuestas para la acción de gobierno. Esa CEPAL no tiene nada que ver con la CEPAL de nuestros días y fue capaz de elaborar un proceso de conocimiento claramente rupturista, y rupturista en dos direcciones que se van a ir afirmando después con el papel jugado por otras dos organizaciones de carácter internacional, una de ellas interestatal, forma parte del sistema de la UNESCO que es la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, la FLACSO, creada en 1957, casi ocho, nueve años después de la CEPA, y en 1967 otro organismo internacional público pero no gubernamental, pero también centrado o siendo parte de el mecanismo informal de la UNESCO, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, que adquirirá un papel dirigenal en esta renovación de las Ciencias Sociales latinoamericanas, y en el caso específico de la historia con la comisión de historia económica que lideraba el mexicano Enrique Flores Cano, que produjo buena parte de la producción, que sirvió para animar debates interesantísimos sobre las economías latinoamericanas y el proceso de constitución que había llevado a la situación en que América Latina se encontraba promediando el siglo XX.

Ello tiene que ver en alguna medida con esto que recordaba Tulio hace un momento, del papel de Walt Rostow, con sus etapas del desarrollo económico y su provocativo subtítulo de “Un manifiesto no comunista”. La cuestión del desarrollo fue efectivamente una cuestión que concitó mucha atención en el mundo occidental durante el proceso de la segunda posguerra mundial. Si en la innovación historiográfica el Congreso de Roma de 1955 jugó un papel importante, casi de bisagra, la Conferencia de Estocolmo de 1960 puso en el centro del debate en la historiografía internacional, sobre todo en la historiografía económica, la cuestión del desarrollo, cómo transitar ese proceso y cuáles eran los mecanismos y cuáles eran los sujetos participantes de ese proceso. Claro, había que explicar además por qué América Latina no era una región desarrollada, y ahí se produce quizás uno de esos puntos de ruptura del cual me parece que hay dos momentos, no se trata sólo del aporte de Raúl Prebisch en su consideración sobre el proceso de constitución de la economía capitalista a escala mundial, con su división entre los países centrales y los países periféricos, lo que venía correlativo con ello como el deterioro de los términos de intercambio, sino lo que va a generar una reflexión cuya primera expresión puede verse con notable claridad expositiva en Medina Echevarría, un sociólogo

español exiliado tras la derrota de la República, el primer traductor de Max Weber al castellano y que jugó un papel importantísimo en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, el ILPES, en consideración sociológica sobre el desarrollo de América Latina.

Medina Echavarría apeló a la interpretación histórica para mostrar por qué América Latina, promediando el siglo XX, estaba en una situación de subdesarrollo y él encontraba en la hacienda hispanoamericana la matriz de nuestras sociedades y las características que tendieron a, precisamente, frenar toda posibilidad de un desarrollo capitalista autónomo. En esa tesitura aparecerá en 1969 un libro destinado a jugar o desempeñar un impacto importantísimo, no sólo en el campo de las Ciencias Sociales, sino también en la relación que en América Latina casi siempre fue clave entre la investigación científico social y la práctica política. El libro "Dependencia y desarrollo" de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto fue, en muchos sentidos, parte aguas en esta consideración sobre las razones que habían llevado a América Latina a estar en la situación en la que estaba. De lo que se trataba en esta propuesta de Cardoso y Faletto era demostrar que la condición de dependencia, la condición de subdesarrollado de nuestros países, no tenía que ver solamente con la acción generada por el imperialismo, por el capital externo, etc., sino que en ese proceso había jugado un papel central la actitud, las políticas llevadas adelante por las propias clases dominantes de la región. En consecuencia, convertía al imperialismo no en un elemento o en un factor externo sino en uno interno a partir de la alianza entre uno y otras.

Claro, el impacto de la Revolución Cubana generó además, o colocó en la agenda política del momento, no sólo la idea de que la revolución socialista era posible, sino cómo se llegaba a la revolución socialista, y ahí jugó un papel importante un debate, el debate político se entremezcló con el debate historiográfico, cuya primera manifestación fue cómo y qué había sido el proceso de conquista y de colonización de América Latina por los europeos y, básicamente, para decirlo de un modo sobresignificado y rápido, las dos posiciones polares que discutían sobre este proceso era el de: América Latina se había conquistado y colonizado en términos feudales toda vez que España y Portugal, básicamente, que eran las primeras potencias colonizadoras, eran en ese momento países o sociedades feudales; en contraposición con esa propuesta apareció la simétricamente opuesta: América Latina fue objeto de conquista y de colonización capitalista desde el comienzo en la medida en que se insertaba en el proceso de expansión del capital comercial a escala planetaria. Pero la discusión no importaba solamente por esto o por la conexas de los modos de producción que generaron algunos textos que prometían una discusión de mayor envergadura, finalmente frustrada, el corolario más importante de esa discusión derivaba acerca del carácter que debía tener la revolución inminente. Si América Latina había sido feudal y todavía tenía resabios de feudalismo, la primera tarea era la de la revolución democrático burguesa y, luego en todo caso, la de la revolución socialista. Por el contrario, para la otra hipótesis, si América Latina había sido capitalista desde el comienzo y esta historia había demostrado la incapacidad del capitalismo para desarrollar a nuestras sociedades, la única opción era la de la revolución socialista.

Ese entramado entre conocimiento científico, social y político, no dejaba de ser un dato importante para entender las características que tuvo ese proceso de expansión y, en algún sentido, también de profesionalización de las Ciencias Sociales. En nuestra región, sin ninguna duda, este rico proceso en buena medida se vio interrumpido especialmente en alguno de los principales países, Argentina y Brasil en primer lugar, posteriormente lo será también en Chile, no así en México por razones por todos conocidas, de su larga continuidad institucional y ausencia de dictaduras; pero en buena parte de América Latina, sujeto a regímenes dictatoriales, este proceso de algún modo, si no se ocluyó, perdió el dinamismo y las características que había tenido hasta entonces. Sin embargo, también contribuyó a ello una situación que se generalizó a partir de procesos y de constataciones ocurridas fuera de la región, en lo que se dio en llamar la crisis de los paradigmas, la crisis de los grandes relatos, la aparición de la llamada posmodernidad, de la cual ahora casi nadie se acuerda, pero que de todos modos estaba vinculado de un modo inequívoco con el fracaso de las experiencias autodenominadas socialistas. Y el fracaso de las experiencias del socialismo realmente existente como también se lo ha llamado, alcanzó un punto culminante con la caída de la Unión Soviética. Ese período, la caída del muro, la caída de la Unión Soviética, la revolución de terciopelo, digamos entre 1989-1991, llevó consigo la crisis de los estudios científico sociales fundados más o menos en el paradigma marxista y con ello arrasó casi definiendo de una vez para siempre la inutilidad que tendría toda esta vertiente teórica metodológica que durante tanto tiempo había influenciado en los procesos de conocimiento de nuestras sociedades.

En los años 60 y 70 lo que interesaba no eran los estudios estructurales, la intención de construir una historia integral, una historia total y en el cual las clases sociales jugaban un papel

importante, donde se trataba de analizar procesos de larga duración para explicar en el presente qué había ocurrido en el pasado, como una forma de transformar ese presente hacia un futuro que se pensaba diferente y más auspicioso. Esta forma de mirar el pasado desde la preocupación del presente y apuntando al futuro, no dejaba de ser tributario también de algunas cuestiones que habían sido planteadas por la innovación francesa en el campo de la historiografía, quien haya leído “Apología de la historia” de Marc Bloch, seguramente recordará aquel capítulo donde él plantea la interacción entre el pasado y el presente. Pero no era solamente eso, era también la idea de que el proceso de transformación era irreversible, que estaba aquí nomás, a la vuelta de la esquina, y que eso ponía en un papel fundamental la cuestión de la voluntad, de la conciencia. Sin duda si uno mira el panorama de las Ciencias Sociales del mundo occidental de entonces, encontrará que efectivamente hay varias vertientes, alguna de ellas, Tullio citaba hace un momento Althusser, y Althusser en algunos campos jugó un papel muy importante, sobre todo porque chocó y, esto en nuestra tradición no dejó de ser importante en la medida en que su énfasis en las estructuras chocaba en el interior del campo marxista, con la proposición de Antonio Gramsci de poner en un plano relevante el papel de la voluntad.

Vale decir que este era un debate riquísimo en el interior del propio marxismo en primer lugar, pero que además se hacía todavía más rico, más complejo, por una gran innovación adicional que trajo la década de 1960, que hubiera sido impensado no mucho tiempo atrás, el diálogo entre cristianos y marxistas, que de algún modo era uno de los epifenómenos del Concilio Vaticano II y del papel innovador jugado dentro de la iglesia católica por el papa Juan XXIII; porque además, Juan XXIII innovó en un punto en el cual la Iglesia católica había jugado en el terreno de la teoría política, un papel retardatario y reaccionario. La Iglesia católica se opuso desde el comienzo mismo, en 1789, a los Derechos Humanos y los asociaba con el liberalismo y, con posterioridad, en el siglo XIX con el anarquismo, el socialismo, el comunismo, el judaísmo, la masonería.

En contraposición a la idea de los Derechos Humanos, entendidos como liberales, individualistas, etc., levantó la tesis de la defensa de los derechos de los pueblos y la defensa de los derechos de los pueblos encajaba, claro, con la demanda de los movimientos de descolonización, sobre todo en África, pero, para decirlo en términos muy genéricos y según el lenguaje de la época, los movimientos de liberación nacional del tercer mundo, y en ese sentido encontraba un punto de conexión con el marxismo, que en América Latina se hizo algo más que un diálogo puramente académico como en el caso europeo, aquí no fueron pocos los sacerdotes que admitieron ese acercamiento, esa aproximación a partir de una constatación que sin duda no podía ser cuestionada. Una y otra de estas vertientes filosóficas hasta entonces opuestas, encontraban que tenían un punto de coincidencia fundamental: salvar a aquellos que eran objeto de opresión, salvar a los pobres si se quiere, también para usar el lenguaje de la época.

De ahí la Teología de la Liberación, pero sobre todo la acción concreta tomada por algunos sacerdotes, de la cual sin ninguna duda, la figura paradigmática fue Camilo Torres. Camilo Torres Restrepo, miembro de una de las familias oligárquicas más tradicionales de Colombia, sociólogo formado en Lovaina, que ejercía su ministerio sacerdotal en Bogotá, en las barriadas pobres, y esto le llevó a tomar un contacto que modificó sustancialmente su vida cotidiana, su modo de concebir la sociedad, y de romper con la clase a la cual pertenecía, para terminar enrolándose en las filas del Ejército de Liberación Nacional, una de las dos grandes organizaciones guerrilleras que Colombia tenía por los años 1960. Para desgracia de él, en el primer combate en el que entra en acción, es muerto por las balas del ejército colombiano, pero la propia muerte de Camilo Torres marcó una impronta muy fuerte dentro de ese movimiento de cristianos que se acercaba a estas posiciones que tradicionalmente habían sido sostenidas por el marxismo.

Esta articulación entre las diversas disciplinas de las Ciencias Sociales, su preocupación por analizar procesos de larga duración, en términos estructurales, y apuntando sobre todo a la transformación de la realidad que se vivía, se desgajó, se desmoronó, se esfumó, se diluyó, casi en su totalidad durante las décadas de 1980 y de 1990; en parte como una conjunción del papel arrasador que tuvieron las dictaduras en casi todo el continente y, por el otro, con la denominada crisis de los paradigmas. Y siguió apareciendo, en este sentido, la moda europea, una manera simétricamente opuesta de concebir los procesos sociohistóricos, donde ya no importaban las estructuras, donde ya no importaban las duraciones, y sí adquirían un papel relevante la subjetividad y los sujetos, pasando de una estructura sin sujetos a una perspectiva de sujetos sin estructura. Pero esto iba acompañado, además, de una fragmentación de las disciplinas y hay dos disciplinas en las que esa transformación se observa claramente: la historiografía y la sociología, ambas se fragmentaron de una manera considerable.

Es cierto que esta fragmentación no tiene por qué ser evaluada en términos absolutamente negativos, de hecho, en el campo de la historiografía abrió nuevas perspectivas, abrió nuevas líneas, las historias de las mujeres por ejemplo, la historia de la subjetividad, la aproximación que hasta entonces había estado ausente, excepto quizás en algún sentido en el campo de la antropología, a la historia de los pueblos originarios; aportó a cuestiones que sin ninguna duda ayudaban a generar un proceso de innovación superadora en el campo de los conocimientos historiográficos.

Pero hubo además otra cuestión que para nosotros, al menos para los latinoamericanistas en las décadas de los 80 y 90 devino crucial, la percepción para muchos estudiosos de que América Latina no podía ser objeto de estudio en su totalidad, por la heterogeneidad estructural, por la variedad que existía entre los diferentes países, por el volumen de la producción bibliográfica; por equis razones, América Latina parecía puramente como una construcción cultural que era parte del lenguaje, quizás mucho más político que otra cosa, que un objeto de estudio formalmente constituido; y eso llevó a una pérdida de perspectiva de considerar la historia de América Latina como una totalidad, englobando todos los países en una misma perspectiva. Todos los que leyeron, conocieron y -si ustedes me permiten y sin ánimo de ofender a Tulio- padecieron “Historia contemporánea de América Latina” saben que ahí hay una de las visiones globales de América Latina que todavía, cuarenta años después, sigue siendo una visión susceptible de ser sustentada en más de una de sus proposiciones fundamentales.

En lugar de estas miradas de carácter global, apareció una manera de concebir América Latina de un modo fragmentado y, entonces, ya no hay Historia de América Latina, sino bajo el rótulo de Historia de América Latina, capítulos dedicados a analizar la historia de los distintos países, separados los unos de los otros, con la notable sección de la Historia General de América Latina de la UNESCO que acaba de completar su serie de nueve volúmenes y esto, claro, genera cuestiones extremadamente interesantes de analizar que escapan a la posibilidad que tenemos en este momento, pero están vinculadas con algo con lo cual quiero terminar.

Porque si los 80 y los 90 significaron hacer casi *tabula rasa* con la innovación historiográfica, con la innovación en el campo de las Ciencias Sociales de los 60 y de los 70, recientemente han aparecido intentos muy conscientes de tratar de construir nuevos paradigmas, y en el caso historiográfico me parece que quizás una de las proposiciones más interesantes, más allá de que uno pueda compartir la totalidad o sólo una parte de sus proposiciones, que es el intento de esa red informal digital constituida bajo el nombre de Historia Debate que hoy reúne a unos 3000 estudiosos de los procesos históricos en una cincuentena de países. Quizás de un modo significativo, el 11 de Septiembre de 2001, en el mismo momento en que se producía el atentado a las torres gemelas en Nueva York, Historia Debate daba a conocer su manifiesto, un manifiesto que, todavía hoy en proceso de reconsideración, invita a la construcción de un nuevo paradigma para los estudios historiográficos. En este intento de reconstrucción de los paradigmas historiográficos, una proposición fuerte de Historia Debate consiste no solamente en reivindicar los aportes innovadores que se generaron dentro del proceso de fragmentación, sino que hay también una apelación a mirar de un modo sin aprehensiones a los que fue el pasado innovador de los años 60, hay una proposición explícita de recuperar lo mejor de la tradición de los Annales, lo mejor de la tradición de la historiografía marxista, o del marxismo en general y, por otro lado, abrirse a estos nuevos aportes generados a los que hacía referencia hace un momento, historia de las mujeres, historia de las etnias, historia de la subjetividad, etc., como una manera de avanzar hacia una historia integral, a una historia global, que esta es la otra proposición; hacerse cargo de lo que está ocurriendo en el mundo en el momento actual y pretender generar visiones tan omnicomprensivas como éstas. Pero hay también una invitación muy fuerte a algo que la crisis de los años 80 y 90 puso en un plano precedente, la renuncia a la teoría y la invocación a la necesidad de contar con la teoría, esto es, de contar con los conceptos, se vincula de un modo que yo no puedo dejar de señalar, con algo que me impactó muy fuerte en aquellos años de estudiante en los “Combates por la Historia”, Lucien Febvre dice más o menos lo siguiente: que la teoría es para el historiador algo fundamental, si su objeto es el hombre en sociedad y si se trata de explicar por qué, para explicar el por qué es necesaria una teoría, sin teoría no hay explicación posible y si no hay explicación posible no hay ciencia, porque la ciencia - argumentaba a mi juicio correctamente Lucien Febvre- necesita responder a la pregunta por qué.

En su crítica a la historia historizante, a la historia positivista, a la historia vigente en el siglo XIX, largamente presente en el siglo XIX, pese al embate de los Annales y del marxismo resurgida a finales del siglo pasado, esta cuestión no estaba en el centro de su atención, en todo caso se trataba de describir, de poder responder a las preguntas clásicas: qué ocurrió, cuándo

ocurrió, cómo ocurrió, dónde ocurrió, sólo que a esas respuestas, que son absolutamente necesarias, les falta una pregunta, una pregunta que requiere necesariamente respondida para que haya conocimiento científico: ¿por qué? Muchas gracias.